

despótico de todo ; y del papel que tuvo Vmd. en su mano colegiria el medio de que se queria valer para ponerme en pacífica posesion de su cuerpo y de todos sus haberes.

CAPITULO VI.

Cuenta Don Rafaelino lo que sucedió á la Aventurera despues que D. Abél fué desterrado de Amsterdám.

Despues que Vmd. salió desterrado de Amsterdám , inmediatamente se restituyó á su casa de campo la Aventurera , y yo con ella. Desde entónçes no quiso verme mas en trage de muger, ántes bien quiso que me aprovechase de los mas ricos y mas magníficos vestidos que habia dexado Vmd. en aquella casa. ¡ Admirable transformacion para mí ! Hacer de Señor , y mandar despóticamente , donde pocos dias ántes hacia todos los oficios de una simple criada. Dió orden para que la traxesen todas las alhajas , joyas y dinero que habia depositado en poder de cierto confidente suyo, ántes que Vmd. se pasase á vivir en su compañía , y dándose un nuevo ayre de grandeza començó á vivir con el mayor esplendor que podia imaginarse en una muger de su esfera. Pero lo cierto es , que por entónçes habia renunciado ya todos los cortejos amorosos , y que era con-

migo mucho mas fiel , que lo habia sido con Vmd. Antes bien el ardentísimo amor que me tenia , fué casi la ocasion que me obligó á abandonarla , como lo conocerá Vmd. por lo que ahora le diré.

Leonilde , á quien yo habia tratado siempre con la mas estrecha confianza con motivo del uniforme empleo que exerciamos los dos , ocupaba en mi corazon un lugar muy superior al que creía ocupar nuestra ama. Es verdad que procuraba ocultar mi inclinacion , y que nuestra correspondencia habia estado hasta aquel tiempo felizmente ignorada de toda la familia. ¿ Pero qué no vén , y qué no descubren los ojos linceos de una muger enamorada ? Poliandria por una sola ojeada que estando un dia comiendo , me vió echar á mi antigua compañera , conoció que su camarera , á quien jamás llamaba prima , no era para mí un objeto indiferente ; y pareciéndola que nuestro amor no podia ménos de haber echado raices muy profundas por el largo trato y familiaridad con que habiamos vivido juntos en tanto tiempo , pensó que solamente la separacion y la ausencia podrian desarraigarle. Resolvióse , pues , á deshacerse de ella , no obstante los importantísimos servicios que la habia hecho. Con este pensamiento la envió á Amsterdám acompañada de un criado , con el pretexto de que compráse alguna tela para ropa blanca ; pero no volvieron á parecer ninguno de los dos. Mientras tanto se aplicó á observar atentísimamente qué

efecto hacía en mí la separacion de Leonilde ; y quando conoció que verdaderamente la sufría con impaciencia , dió libertad al torrente de sus rabiosos zelos , como tambien al de las injurias é improperios mas insolentes que una muger puede proferir contra un amante infiel. Pero yo hice poquísimos casos de todas sus palabradas , y no pudiendo olvidarme de mi Leonilde , cuya imágen tenia gravada en mi corazon , determiné abandonar absolutamente al ama , para ir en busca de la camarera , hasta lograr la dicha de encontrarla. Para cubrir mejor mi intento , afecté un grandísimo dolor de haber ofendido á Poliandria , y procuré cautivar de nuevo su confianza , haciéndola finezas muy extraordinarias. Pero esto mismo fue puntualmente lo que me hizo mas sospechoso á la astutísima muger , á la qual quizá la habria enseñado la experiencia , que por lo comun en los hombres suelen ser artificios peligrosos las excesivas finezas. En virtud de esto estaba en su casa tan cautelosamente guardado como lo pudiera estar un prisionero. No me era lícito poner un solo pie fuera de la puerta , y toda mi autoridad se restringia dentro de las paredes domésticas. No encontraba modo para engañar , ó adormecer su vigilancia en este punto , y mientras tanto creciendo cada dia mi deseo de ver á Leonilde , al paso que cada dia eran mayores las dificultades , me mudé de manera , que de alegrísimo y muy divertido , pasé de repente á melancólico , fastidioso , taciturno y pensativo.

Es-

Esta repentina mudanza hizo mas impresion en el ánimo de Poliandria , que la que ántes habian hecho los zelos , la colera , el despecho y la venganza. Temia que enfermase , y que el humor hipocondriaco me conduxese al cabo á la sepultura. Movida de este temor me procuró todos los divertimientos imaginables , paseos , cazas , juegos , músicas y bayles , lisonjeandose de que lograria divertir mi melancolía con aquellas dulces distracciones , las quales por el contrario solo servian para acrecentarmela. Con efecto salió cierto su temor : me derribó en la cama una enfermedad crónica , que me tuvo en ella dos meses , y los médicos llegaron á desesperar de mi vida. Quien viese los gritos , los clamores , las lágrimas , y todas las demostraciones del mas amargo dolor en que Madama se desahacia , creeria sin duda que habia llegado hasta donde podia llegar el exceso de su amor. No salia un momento de mi quarto , no se apartaba de mi cabecera , y estaba prontísima á servirme en todo quanto ocurría en mi enfermedad. Llegó á tanto el singular amor de aquella muger , que resolvió salvar mi vida á costa de privarse ella para siempre y voluntariamente de mí , prometiéndome que haria volver á casa á Leonilde. Querido Rafaelino , me dixo un dia que estábamos los dos solos , puesto que conozco claramente que tu ardentísimo amor á mi camarera te ha reducido ya á ponerte casi en las garras de la muerte , he determinado salvar

tu

tu vida á peligro de perder la mia. Sé muy bien que yo no podré vivir sin tí; pero con todo eso escojo ántes morir yo, quedándo tu vivo, que conservar mi vida para verte despues muerto. Te prometo que tu Leonilde volverá á tus brazos, y que podrás vivir con ella todo el tiempo que te duráre la vida. Voy en este punto á escribir para que se restituya á esta casa, y tú no debes pensar de aquí adelante en otra cosa, que en recobrar tu salud y ponerte bueno. Así lo prometió, y así lo cumplió Polian-dria. Dos dias despues ella misma me presentó á Leonilde, y su vista fue mas eficaz para curarme, que todos los específicos de Hipócrates y de Galeno. Pero observé, que al paso que yo iba recobrando la salud, Madama la iba perdiendo. En pocos dias se convirtió en el retrato mas vivo de la misma tristeza: deshacíase en continuo llanto, y desapareció de repente toda la brillantez de sus hermosísimas facciones. Quando yo comencé á levantarme de la cama, ella se vió precisada á echarse en la suya, y se comenzó á formar de su enfermedad el mismo concepto que se habia formado de la mia. Lo que no tiene duda es, que la ocasion era la misma. Ella se iba consumiendo porque perdía su amante, y yo me iba acabando porque habia perdido la mia. En medio del consuelo que yo podia tener, viendome con mi querida Leonilde, no podia menos de darme infinita pena lo que padecia la Señora; y sabiendo que yo era

era la causa de ello, no gozaba mas que la mitad de mi dichosa fortuna. Avergonzándome de que una muger tuviese mas valor que yo para vencer sus pasiones, sentí que comenzaban á despuntar en mi corazón los principios de una virtud, que nunca habia conocido en él. Estaba ya para renunciar absolutamente los dos amores que me atormentaban, y para que ni Poliandria padeciese el disgusto de que yo fuese el predilecto de Leonilde, ni Leonilde se lamentase de que yo la habia abandonado por Poliandria, habia resuelto partirme secretamente de aquella casa, é ir á buscar fortuna en otra parte, bien determinado á no volver á meterme en mas embrollos con mugeres. Parecíame que no dexaba de entrar algo de heroico en esta resolucion, y la vanidad de que el mundo me tuviese por un hombre capaz de concebirla, de tal manera se iba apoderando de mis cascos, que en un instante se me hubiera escapado todo el amor, si á Leonilde no se la hubiera ofrecido otro proyecto, que aunque no tan rumboso, me pareció mas practicable y mas acomodado que el mio.

Esta muger, excesivamente dócil y condescendiente, conocia muy bien que su ama y señora prima facilmente se reduciria á los últimos extremos de la vida, una vez que no se la pudiese arrancar del corazón la cruel pasión que la devoraba, y sabiendo por otra parte, que era muy capaz de consentir en que yo repartiese

mi amor entre las dos, una noche que estábamos solos ella y yo con la enferma, se animó á decirla: Señora, ¿no es verdad que Vmd. no puede vivir sin su Rafaelino? Pues yo tampoco tendria valor para desprenderme totalmente de él, sin que esto me costase la vida. Y mas quando él mismo se anticipó á dar un testimonio tan claro como el que dió en su enfermedad, de lo mucho que me ama, para sufrir sin exponerse á morir nuestra total separacion. En este crítico estado de cosas, probemos si es posible algun medio para conciliar las dificultades, y veámos si se encuentra modo de que todos tres vivamos alegremente sin desconcierto de nuestra buena armonía, de nuestra salud, ni de nuestra amistad. Yo por lo que toca á mí tengo valor para conformarme en que mi amante lo sea tambien vuestro, Madama. Vos, Señora, disponeos por vuestra parte á contentaros con gozar la mitad del corazón de este jovencito. Suyo será el cuidado de compartir alternativamente con igual peso y medida á cada una de nosotras los mismísimos oficios de una indistinta correspondencia. Sonrióse Madama quando oyó tan extraordinario como no imaginado proyecto, y volviéndose á mí: ¿qué te parece? me dijo. ¿Te contentarás con dividir tu corazón entre dos amantes, sin dar á ninguna de las dos la preferencia, satisfaciendo igualmente á entrambas con tu amor, sin que el espíritu de los zelos se introduzca á perturbar nuestra paz? ¿Y por qué no lo

lo estaré, Señora, puesto que ya estaba acostumbrado á cargar con esta doble cadena, antes que vos tomaseis la providencia de separar á Leonilde de mí. Siendo eso así, replicó Poliandria, de esta enfermedad no me muero. Con efecto, se recobró de ella muy presto, y los tres vivimos juntos y acordes de la manera dicha por largo tiempo, sin que ninguna de las partes alentase la menor queja, ni mostrase el mas mínimo disgusto. Finalmente, como no hay en el mundo cosa mas variable que el corazón, ó antes bien porque el cielo no quiso permitir, que pasase mas adelante un comercio tan infame y tan infernal, sucedió, que celebrándose en Amsterdám cierta solemnidad, se le antojó á Poliandria concurrir á ella, despues de haber hecho por largo tiempo la vida solitaria en el campo. Llevó consigo á su camarera, á mí y dos criados. Fuímonos á apear en una posada, que estaba vecina al puerto; y Poliandria, que por su natural vanidad gustaba mucho de sobresalir, y arrastrarse la atencion de todos, dexándose siempre ver pomposa y magníficamente vestida, desembarazada y brillante, se asomó á un balcon, que caía al mismo puerto, y á una calle muy frequentada, para divertirse en ver y en ser vista de la gente. Todos alzaban los ojos para ver una belleza tan extraordinaria, y todos la saludaban con un respeto muy particular. Entre estos pasó por allí un Caballerito Escocés, ayroso, galán y de nobilísima presencia. Saludóla con mucho garbo: correspondióle ella; pero no contentándose con

las formalidades comunes, practicadas con los demás, acompañó sus reverencias con una cierta risita muy graciosa, con un cierto mirar alegre y tierno, y con otras varias señales de singular complacencia. El Escocés, demasíadamente advertido para no conocer, que no había desagradado á Madama, se detuvo un poco debaxo del balcon, y tuvo la fortuna de oír de su misma boca, que podía subir, si era servido de descansar un rato. Hallabame yo con ella, quando él entró; y oí, que despues de un cumplimiento muy lacónico, la convidó á irse á divertir á la corrida de los Caballos, permitiendole el honor de que la fuese sirviendo. Ya se figurará Vmd. que Madama no le haría el desayre de negarse á tal convite. Aceptó-le prontamente, y se detuvo fuera de casa hasta bien tarde. Entonces, volviendome yo á Leonilde: querida, la dixé, este es el tiempo en que comenzaré á ser todo tuyo. Madama ya se ha proveído de otro amante, y se olvidará de mí. Lo peor es, me respondió la Damisela, que yo tambien estoy casi para seguir el exemplo de mi ama. ¿Has visto al Camarero de la posada? Tiene un corte de cara, que me gusta infinitamente. Confieso la verdad; me siento toda abrasada por él. Ya ves que yo no soy muger que sepa fingir. Yo te hablo con sinceridad. Si te dá la gana de admitir compañía en la posesion en que estás de mí, así como yo admití la de Madama en la posesion que me pertenecía, proseguirás gozando la mitad de mi correspondencia; ni mas ni menos,

como hasta ahora he estado gozando yo la mitad de la tuya. Juro á Vmd. que nunca he oído cosa que me dexase tan atónito como esta. Miré á Leonilde con todo el desprecio que merecia una muger tan infame, y en medio de mi baxo nacimiento tuve espíritu para abominar de tan desca-rada iniquidad. Desde aquel mismo punto huí de tan detestable compañía, y transitando por vuestra casa de campo, me proveí de un poco de dinero, me puse en camino para Francia, la giré casi toda, y llegué á esta Ciudad, donde tuve la fortuna de encontrar á Vmd. Acabado su discurso, se despidió de mí; y yo, lleno de un justo horror por la diabólica disolucion de aquellas dos infernales mugeres, dí mil gracias al cielo por haberme librado de ellas.

CAPITULO VII.

Abandona la fortuna á Don Abél en Turín. Encuentrase en esta Ciudad con una pobre pordiosera. Quién era la tal pobre. Divertida conversacion que tiene con ella y con otra compañera suya.

Líbrase impensadamente de su presente miseria.

Proseguí mi viage (continúo Don Abél), pasé los